

COMENTARIO AL TRABAJO DE JOSE ANTONIO FERNANDEZ DE ROTA

CARMELO LISÓN

La comunicación que acabamos de oír, y que yo he leído además con sumo interés, más otras escuchadas ya anteriormente abordan un tema realmente actual y muy importante en la España de hoy. Esta comunicación quiebra una bimilenaria dicotomía: la polaridad rural/urbano. Centra además y glosa la línea y núcleo clave del simposio.

El lema que López-Casero ha elegido para esta reunión me parece, efectivamente, un acierto: realza la enorme variedad, el número y volumen de diferencias en estructuras sociales y, por tanto, la heterogeneidad de las áreas rurales. Y además, y como consecuencia, porque este enfoque de la diversidad requiere forzosamente la consideración epistemológica de las posibilidades, dificultades, problemas y estrategias que plantea la comparación. La comunicación de Fernández de Rota y las intervenciones de López-Casero me han confirmado en mis ideas y me prestan autoridad —soy advenedizo en este campo— para ex-

poner los puntos siguientes, o mejor, lanzar unas pocas preguntas dubitativas. La primera es ésta: si tenemos en cuenta el tipo de agrociudad que es Betanzos, las mejor conocidas agrociudades andaluzas y sicilianas y otros tipos de agrociudades españolas, como, por ejemplo, las murcianas, nos encontramos ante variaciones empíricas, complejas y polivalentes de agrociudad. Siendo esto así, ¿qué es la agrociudad? Quiero decir inmediatamente que la obsesión por la definición y la manía por las tipologías adolecen de falta de imaginación y abundan tanto en deficiencia conceptual como en esterilidad. Una posible respuesta a la pregunta podría encauzarse antropológicamente sugiriendo anudar y encadenar campo y ciudad en lugar de fragmentar y dividir; sugiero también primar la conjunción, no la separación, sustituir las dicotomías polares —rural/urbano— por fórmulas algebraico-analíticas.

Es precisamente la agrociudad la que tiende una mano a esa fabricación dual, inicialmente conveniente, ya que participa de ambos en su naturaleza heterogénea. Conceptos tales como *idealtypus*, *continuum*, *familienähnlichkeiten* y clasificación politética pueden ayudarnos a ponernos en disposición de adivinar *patterns*, facetas recurrentes y cambiantes, posibles denominadores comunes siempre en transformación y elementos en intermitencia. La agrociudad es un proceso, un *feri*, una configuración mental-funcional eminentemente cambiante en sustancia, estilo y *ethos*. La agrociudad, en parte rural y en parte urbana, es una realidad dialéctica en desequilibrio, un estado en tensión entre sus dos principales componentes, una asimetría vacilante y reversible, algo que se experimenta vivencialmente y que se pretende codificar mentalmente.

¿Cómo podemos afrontar, desde la Antropología, ese carácter y naturaleza híbrida de la agrociudad? ¿Disponemos de un *organon* categorial específico que arroje alguna luz significativa? Estimo que, en primer lugar, podemos aportar una descripción etnográfico-semántica local. Fernández de Rota nos dice que la agrociudad es conocida como *vila* en Galicia. ¿Cuál es la no-

menclatura local específica en cada caso? Esta pregunta fuerza a hacernos las siguientes: ¿qué es la pequeña ciudad para sus habitantes? ¿Cuáles son sus paradigmas perceptivos? Sugiero, como es obvio, la investigación y análisis del *emic*. Tengo por cierto que este enfoque proporciona clasificaciones no duales, sino, al menos, tripartitas: un nosotros, un vosotros y un ellos. De esta forma la categoría polar dentro/fuera o interior/exterior se verá escindida ya inicialmente en dentro-dentro, dentro-fuera, dentro-fuera-fuera que será necesario matizar y subdividir.

Podemos acercarnos, en segundo lugar, a cierta problemática relevante de la agrociedad desde una categoría o configuración estructurante liminal. Expresado de otra manera: ese conjunto humano mitad rural, mitad urbano es algo así como un limbo o estructura topológica que en sus múltiples manifestaciones espacio-temporales guarda relación y proporción con un antes y un después y hace posible la comparación con otras entidades de configuración ecológica similar. Más concretamente: creo fértil ver un hábitat rururbano como una plataforma inestable, móvil, de naturaleza intermedia o *entre*, de carácter *semi* (semiurbano, semirural), abierto siempre a posibles y múltiples cálculos de relaciones mixtas entre sus dos grandes ejes en todo momento y espacio. Transición, mediación, aglutinación son modos conceptuales de enfocar esos dos mundos simultáneos que conviven en espacio y tiempo, pero que no siempre, ni mucho menos, forman parte del mismo universo moral, como López-Casero confirma. La estratificación, la clase y la jerarquía tradicional se enfrentan y combinan con las múltiples categorías-puente o mediadoras para producir una variación intercomunicativa agrocidadana con aire, tono, estilo, significado, imagen y configuración mental peculiares.

La agrociedad no configura —como tampoco lo rural, el campesinado y la ciudad— una clase lógica ni una clasificación monothética; no es un principio monológico ni homófono; no presenta históricamente un substratum inalterado ni es una categoría universal rigurosamente válida. Pero, por el contrario, la

agrociudad tiene sentido desde un amplio marco de contextualización, historicidad y semántica, es decir, como una peculiar estructura espacial de constitución, como una zona configurante, o si se prefiere, como un hábitat determinante de negación y afirmación simultáneas de intersubjetividad pluricategorial necesaria y directa. La agrociudad es un ruedo *sui generis* en el que se lidian y dramatizan positiva y negativamente signos, ritos, símbolos y valores *semi* y *entre*; es una subcultura.

V. ANEXO

